

*Es regt schon zum Nachdenken an, dass der Begründer der Polnischen Astronautischen Gesellschaft, Schriftsteller und Arzt Stanislaw Lem (Lemberg 1921) im deutschen Sprachraum bereits ein Klassiker, in Spanien jedoch nur einer Handvoll Eingeweihten bekannt ist. In Deutschland gehören seine vom Suhrkamp-Verlag herausgegeben Science-Fiction Romane und Essays (u.a. Solaris, Die Astronauten, Transfer) in alle besser sortierten Bücherregale derjenigen, die Spass daran haben, wie er in seinen philosophisch-literarisch-kybemetischen Werken die Utopie mit gegenwärtigem wissenschaftlichen Strukturen und Methoden spiegelt und damit greif- und angreifbar macht. Die vergleichende Rezeptionsforschung kann zwischen Erklärungen wählen: Science-Fiction ist romantische Literatur, von daher eher mitteleuropäisch als mediterran; sie setzt eine Industrierevolution voraus; in Spanien wird eh weniger gelesen; die 270 Millionen Spanischsprachigen schreiben selbst gut genug als dass sie zu ausländischen Autoren greifen müssten, und dergleichen mehr. Als wir jedoch die spanische Version der Stenstagebücher (Diarios de las estrellas, Edhasa, 1988, Übers. v. Jadwiga Maurizio) vor Augen hatten, wurde ein Grund für das spärliche Echo überdeutlich: die schlechte Übersetzung. Ein Manko, das wiederum zum Nachdenken über den spanischen Übersetzungsmarkt allgemein anregt. (Als Lem-Fans haben wir es uns erlaubt, den spanischen Text ein wenig zu säubern).*

*Und was hat das alles mit Kartoffeln zu tun? Nun, lassen Sie sich überraschen.*

Una de las principales rutas de cohetes en la constelación de la Osa Mayor es la que enlaza el planeta Mutria con el Látrida. Su recorrido da un rodeo para evitar Tairia, un globo pedregoso que tiene pésima fama entre los viajeros a causa de las masas de enormes pedruscos que giran a su alrededor. Aquella región es una imagen escalofriante del caos primario y del horror; el disco del planeta apenas se divisa entre unas nubes de rocas que chocan entre sí provocando grandes estruendos y llamaradas.

Hace unos años, los pilotos de las naves en curso entre Mutria y Látrida empezaron a hablar de unos seres monstruosos que emergían bruscamente de la polvareda que oculta Tairia, atacaban los cohetes, los envolvían en largos tentáculos e intentaban arrastrarlos a sus tenebrosas moradas. Por el momento, todo esto terminaba sin más consecuencias que un gran susto para los pasajeros. Poco tiempo después corrió la noticia de que aquellos seres habían agredido a un viajero que paseaba después de comer, metido en su escafandra, por el exterior del cohete.

Había mucho de exageración en este relato, ya que el viajero (un buen amigo mio) había vertido una taza de té sobre su escafandra y la había sacado por la escotilla para que se secara; en aquél momento llegaron volando unos seres extraños, ondulantes

Al cabo de un mes, la expedición, sin haberse atrevido a penetrar en las tormentosas regiones de las nubes pétreas de Tairia, volvió a Látrida sin resultados, igual que otras enviadas más tarde. Finalmente, un conocido trampero estelar, el valiente Ao Murbras, se fue a Tairia solo, llevándose los perros equipados con escafandras para dar caza a los enigmáticos piratas del aire. Volvió al cabo de cinco días solo, mortalmente cansado, según su relato, en las cercanías de Tairia emergieron repentinamente de las nubes de polvo cantidades de seres vivos que les envolvieron en sus tentáculos a él y a los perros. El heroico cazador sacó un cuchillo y, propinando cuchilladas a ciegas, logró liberarse del abrazo mortal, pero no pudo salvar a los perros, que, por desgracia, sucumbieron. La escafandra de Murbras mostraba huellas de lucha por fuera y por dentro, y algunos trozos de una especie de fibrosos tallos verdes quedaron adheridos a la tela de su traje. Después de examinar minuciosamente aquellos restos, la docta Academia de Ciencias dictaminó que eran fragmentos de un organismo pluricelular, bien conocido en la Tierra bajo el nombre de solanum tuberosum, especie de tubérculos caulinares, originados en los estolones por engrosamiento de entrenudos del segmento subterráneo, y con la parte verde aérea que se marchita al madurar los tubérculos. Dicha especie fue traída de América

STANISLAW LEM

## EL DIARIO DE LAS ESTRELLAS: VIAJE VIGÉSIMO QUINTO

como lianas, y huyeron inmediatamente, llevándose la escafandra.

Finalmente, fue tanta la inquietud que se adueñó de los planetas circundantes que se designó una comisión especial para investigar en los alrededores de Tairia. Entre sus miembros hubo quien mantenía que había vislumbrado en las profundidades de las nubes del planeta a unos animales rarísimos, parecidos a serpientes o pulpos, pero sus aseveraciones no fueron confirmadas.

a Europa por los españoles en el siglo XVI. La noticia causó una gran excitación, que llegó al paroxismo cuando alguien tradujo el nombre al lenguaje corriente, descubriéndose que Murbras había traído sobre su escafandra ¡trozos de tallos verdes de patata! el insigne cazador planteario, herido en lo más hondo de su orgullo por la insinuación de que había cuatro horas contra patatas, exigió que la Academia desmintiera esta vil calumnia; pero los cientí-

ficos manifestaron que no podían revocar ni una palabra de su dictamen. El asunto originó una conmoción general. Surgieron dos partidos, los patatistas y los antipatatistas, cuyas tesis se impusieron primero en la Osa Menor, y luego en la Mayor. Los adversarios se insultaban mutuamente de la peor manera. Sin embargo, ésto no era nada, comparado con lo que ocurrió cuando en la contienda tomaron parte los filósofos. De Inglaterra, Francia, Australia, Canadá y Estados Unidos llegaron los más relevantes teóricos del conocimiento y los representantes de la razón pura. los resultados de sus debates fueron realmente sorprendentes.

Una vez estudiada la cuestión, los fiscalistas determinaron que, cuando se movían dos cuerpos, A y B., era puramente opcional el decir que A se movía con relación a B, o B con relación a A. Puesto que el movimiento era relativo, lo mismo daba opinar que el hombre se movía relativamente a la patata, o la patata relativamente al hombre. Así pues, la pregunta de si las patatas podían moverse carecía de sentido, siendo todo el problema aparente, o sea, inexistente.

Los semánticos adujeron que todo dependía de la manera de entender las palabras "patata", "es" y "móvil". Puesto que la clave residía en la partícula operacional "es", se le debía estudiar muy a fondo. Acto seguido, procedieron a la confección de una Enciclopedia Cósmica de semiología, dedicando los cuatro primeros volúmenes a investigar el significado operacional de la palabra "es".

Los neopositivistas llegaron a la conclusión de que directamente no nos son dados manojos de patatas, sino manojos de impresiones sensoriales. A continuación crearon unos símbolos lógicos que significaban "manejo de impresiones" y "manejo de patatas", compusieron fórmulas de cálculo a base de signos algebraicos y, después de gastar océanos de tinta, obtuvieron en resultado matemáticamente correcto, y situado por encima de cualquier duda, de que  $0 = 0$ .

Los tomistas manifestaron que Dios había creado las leyes de la naturaleza para poder hacer milagros, ya que el milagro es el quebrantamiento de una ley natural, y donde no hay leyes, no hay

nada para quebrantar. En el caso referido, las patatas se movían si ésta era la voluntad del Señor. Por otra parte, podía ser también una treta de los malditos materialistas, que hacían todo lo posible para desacreditar a la Iglesia. Había, pues, que esperar el fallo del Supremo Colegio Vaticano.

Los neokantianos proclamaron que los objetos eran creaciones del espíritu y no cosas conocibles; si una mente elabora la idea de una patata dotada de movimiento, la patata móvil existirá. Sin embargo, incluso eso sería sólo una conclusión superficial, ya que nuestro espíritu era tan incognoscible como sus proyecciones. Así pues, no se podía estar seguro de nada.

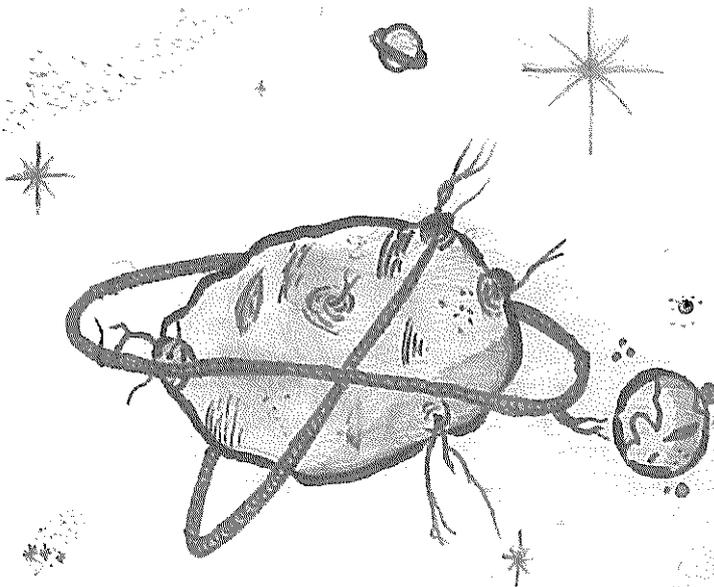
Los holistas-pluralistas-behavioristas-fiscalistas manifestaron que, según las enseñanzas de la física, la regularidad en la naturaleza tenía únicamente un carácter estadístico. Igual que no

se podía prever con una exactitud absoluta el camino de un electrón aislado, tampoco se sabía con certeza cómo se comportaría una patata aislada. La experiencia nos dice que el hombre peló millones de veces las patatas, pero era forzoso admitir la posibilidad de que, en un caso entre millones, las patatas pelarian al hombre.

El profesor Urlipán, un pensador solitario

de la escuela de Russell y Reichenbach, sometió todas estas proposiciones a una crítica despiadada. Según él, el hombre no percibía impresiones sensoriales, ya que nada veía la impresión sensorial de una mesa, sino la mesa misma, puesto que, por otra parte, se sabía que del mundo exterior no se sabía nada, no existirían, por tanto, ni cosas exteriores ni impresiones sensoriales. "No hay nada - proclamaba el profesor Urlipán -. Y si alguien opina lo contrario, comete un error". Por consiguiente, no se podía decir nada acerca de las patatas, pero por razones muy distintas de las aducidas por los neokantianos.

Mientras Urlipán trabajaba afanosamente sin salir de la casa, asediada por los antipatatistas, que le esperaban con montones de patatas podridas (a esto llegó la obcecación pasional de todos los cerebros), entró en escena, mejor dicho, desembarcó en Látrida, el profesor Tarantoga. haciendo caso omiso de las estériles discusiones, el gran especialista optó por descifrar el misterio sine



ira et studio, como corresponde a un verdadero hombre de ciencias. El primer paso de investigación fue la visita a los planetas circundantes, donde buscó información, indagando entre sus habitantes. De este modo supo que los seres misteriosos eran conocidos bajo los nombres de papas, criadillas, batatas, tubérculos, trufas, gepas, pommes de terre, potatoes, Kartoffeln, etc etcétera. Eso le intrigó mucho, ya que, según pudo comprobar en los diccionarios, todas estas palabras eran sinónimos de la vulgar patata.

Con una determinación digna de ser admirada, con una dedicación incansable, Tarantoga iba desentrañando el enigma, con tanto éxito que al cabo de cinco años pudo formular una teoría que lo aclaraba todo:

Tiempo atrás, en la región de Tairia, chocó contra un arrecife de meteoritos una nave cargada de patatas, con destino a los colonizadores de Látrida. El impacto agujereó la nave, y toda la carga se desparramó por los contornos. Los cohetes de emergencia desprendieron la nave del arrecife, la remolcaron a Látrida y el asunto cayó en el olvido. Mientras tanto, las patatas que habían caído sobre la superficie de Tairia brotaron y empezaron a crecer pesar de que las condiciones de su existencia eran extremadamente duras: los fragmentos de piedra que les caían encima rompían los tallos tiernos e incluso a veces aplastaban plantas enteras. En consecuencia, sólo se salvaron las patatas más prudentes, aquellas que supieron encontrar un refugio. La nueva raza de patatas listas, creada de este modo, se desarrollaba cada vez más profusamente. Después de varias generaciones, las patatas se hartaron de la vida sedentaria, se desenterraron solas y adoptaron el modo de vida nómada, perdiendo al mismo tiempo toda la mansedumbre y pasividad propias de las patatas terrestres, domesticadas por el cariñoso desvelo y buen cultivo que les daban los hombres. Las de Tairia, volviéndose cada vez más salvajes, terminaron por convertirse en bestias rapaces. Si pensamos en la historia de su origen, veremos que la cosa tiene una profunda base lógica. Como sabemos, la patata, *solanum tuberosum*, pertenece a la familia de las dulcamara (*solanaceae*), en parte venenosa (*belladonna*), y el veneno, una vez libre de cuidados adecuados, puede trastornar completamente una planta antes benigna. Éste precisamente fue el caso de las patatas de Tairia. Cuando el espacio vital en el planeta les resultó escaso, sobrevino una nueva crisis: la generación ardía en deseos de actividad, ansiando hacer cosas extraordinarias, completamente inéditas en el mundo vegetal. Volviendo los tallos hacia el cielo, advirtieron en él masas de rocas voladoras, y tomaron la decisión de establecerse en ellas.

Sería demasiado extenso mi relato si me propusiera resumir aquí toda la teoría del profesor Tarantoga, que nos explica cómo las patatas aprendieron a volar agitando las hojas, cómo se elevaron por encima de los límites de la atmósfera de Tairia para aposentarse al final sobre las rocas que giran alrededor del planeta. En

todo caso, su cometido fue facilitado por el hecho de que, al conservar la transmutación de materia de los vegetales, podía permanecer bastante tiempo en el vacío sin oxígeno, sacando la energía vital de los rayos solares. Finalmente, llevaron a tal extremo su atrevimiento, que empezaron a asaltar los cohetes que pasaban cerca del planeta.

Cualquier investigador que no fuera Tarantoga hubiera publicado esta hipótesis brillante y se habría dormido sobre sus laureles. Pero el profesor había jurado no descansar antes de haber atrapado al menos una patata rapaz.

Así pues, a continuación de la solución teórica del problema, le llegó el turno a la explicación práctica, no menos difícil. Se sabía que las patatas se agazapaban en las grietas de los peñascos. Penetrar para buscarlas en el laberinto móvil de las rocas voladoras sería un verdadero suicidio. Por otra parte, Tarantoga no se proponía matar una patata a tiros; quería conseguir un ejemplar vivo, lleno de fuerza y salud. Durante un tiempo pensó en la caza al ojeo, pero abandonó la idea por no encontrarla satisfactoria y adoptó una nueva que iba a hacer famoso su nombre: la de la caza con cebo. A este fin compró en una tienda de material escolar el mayor globo celeste que había, una preciosa bola bien barnizada de seis metros de diámetro. Adquirió también grandes cantidades de miel, pez negro y cola de carpintero; mezcló los tres ingredientes en proporciones iguales y embadurnó con la pasta obtenida toda la superficie del globo. Luego, ató este último al cohete con cuerda larga y voló hacia Tairia. Al encontrarse a una distancia suficiente del planeta, el profesor ocultó el cohete tras el borde de una nebulosa vecina y lanzó la cuerda con el cebo. Todo el plan estaba basado en la curiosidad invencible de las patatas. Al cabo de una hora de esperar, un ligero temblor indicó que algo se estaba acercando. Tarantoga se asomó con prudencia y vió unas matas que se dirigían al globo agitando los tallos y moviendo lentamente los bulbos; por lo visto, habían tomado al globo por un plantea desconocido. Momentos después, rezumando confianza, se posaron sobre él y quedaron adheridas por el pegamento a su superficie. El profesor arrastró rápidamente la cuerda, la ató a la cola del cohete y arrancó velozmente en dirección a Látrida.

El valiente investigador fue acogido con un entusiasmo indescribible. Las patatas fueron encerradas en una jaula junto con el globo y expuestas a la vista del público. Locas de rabia y pánico, azotaban el aire con los tallos y pateaban con sus raíces, lo que, evidentemente, no les sirvió de nada.

# Sprechen Sie Deutsch?

→ **¡Haga algo para su carrera  
y aprenda alemán!**

Con el Instituto Goethe en Alemania cursos intensivos, cursos condensados, cursos especiales. Eficacia, seguridad, calidad. Certificados de prestigio internacional.

Goethe-Institut Madrid  
Tel.: (00 34-1) 319 32 35  
Fax: (00 34-1) 319 32 46  
Internet: <http://www.goethe.de>  
E-Mail: [esb@goethe.de](mailto:esb@goethe.de)

GOETHE  
INSTITUT 



